

Santa Teresa de Jesús

en español actual



Camino de perfección

© Gonzalo García Olagorta 2025

Traducción al español moderno y edición:

Gonzalo García Olagorta (Gongarola)

Independently published

www.gongarola.com

ISBN: 9798290038735

Reservados todos los derechos de la traducción, del prefacio y de las notas.

Sin embargo, se autoriza el uso de buena fe de fragmentos significativos de esta obra como referencias en otras producciones editoriales o para su libre difusión con fines pedagógicos. En tal caso, se agradece la cortesía de mencionar la fuente.

Lo único que no se permite es copiar y comercializar o difundir en un único documento la totalidad de la obra o sus diferentes partes en ningún soporte.

ÍNDICE

Índice	5
Prefacio	7
Camino de perfección	9
INTRODUCCIÓN	11
PRÓLOGO	11
CAPÍTULO 1	12
CAPÍTULO 2	14
CAPÍTULO 3	17
CAPÍTULO 4	20
CAPÍTULO 5	25
CAPÍTULO 6	27
CAPÍTULO 7	30
CAPÍTULO 8	32
CAPÍTULO 9	34
CAPÍTULO 10	35
CAPÍTULO 11	37
CAPÍTULO 12	39
CAPÍTULO 13	42
CAPÍTULO 14	44
CAPÍTULO 15	45
CAPÍTULO 16	47
CAPÍTULO 17	49
CAPÍTULO 18	52
CAPÍTULO 19	54
CAPÍTULO 20	60
CAPÍTULO 21	62
CAPÍTULO 22	65
CAPÍTULO 23	67
CAPÍTULO 24	69
CAPÍTULO 25	71
CAPÍTULO 26	73
CAPÍTULO 27	75
CAPÍTULO 28	77
CAPÍTULO 29	80
CAPÍTULO 30	82
CAPÍTULO 31	84
CAPÍTULO 32	89
CAPÍTULO 33	93
CAPÍTULO 34	95
CAPÍTULO 35	98

CAPÍTULO 36.....	100
CAPÍTULO 37.....	103
CAPÍTULO 38.....	105
CAPÍTULO 39.....	107
CAPÍTULO 40.....	109
CAPÍTULO 41.....	111
CAPÍTULO 42.....	114
Obras del mismo autor	117

PREFACIO

Camino de perfección es una de las cumbres de la espiritualidad cristiana y de la literatura mística universal. En esta obra, Santa Teresa de Jesús ofrece a sus hermanas del convento de San José una guía práctica y profunda para avanzar en la vida espiritual. Con un lenguaje directo, lleno de humanidad y sabiduría, Teresa expone las actitudes necesarias para quien desea entregarse a la oración, el amor fraterno y la transformación interior, señalando con claridad los obstáculos del camino y los medios para superarlos.

Sin embargo, el paso del tiempo ha vuelto su lenguaje difícilmente accesible para muchos lectores actuales. El castellano del siglo XVI, con su sintaxis compleja y sus giros arcaicos, puede convertirse en un obstáculo que impide apreciar la frescura, la claridad y la hondura del mensaje teresiano.

Esta edición nace precisamente del deseo de superar esa barrera. No se trata de una adaptación superficial ni de una simplificación didáctica, sino de una versión cuidadosamente modernizada del texto original. Cada frase ha sido revisada con rigor para conservar su sentido esencial y su fuerza expresiva, pero vertida en un español contemporáneo que facilite una lectura fluida, íntima y directa.

El propósito de esta edición es acercar la voz viva de Teresa al lector de hoy, respetando su estilo, su pasión, su humor y su profundidad, pero liberándola de las formas lingüísticas que hoy podrían dificultar su comprensión. El resultado es una obra que puede leerse con naturalidad, sin perder por ello el sabor inconfundible de su autora.

Quienes deseen profundizar más en el pensamiento de Teresa encontrarán también una edición comentada de *Camino de perfección*, donde esta modernización se amplía con una exégesis detallada de su doctrina, así como con notas culturales, históricas y bíblicas que enriquecen y contextualizan su enseñanza.

Ambas versiones —la presente y la comentada— tienen como único propósito facilitar el acceso a una obra que no ha perdido ni un ápice de actualidad y que sigue siendo un faro luminoso para quienes buscan comprenderse a sí mismos y vivir en plenitud.

Más información en www.gongarola.com.

Camino de perfección - Camino de perfección

Camino de perfección

*De la madre Teresa de Jesús fundadora de los monasterios de monjas
y frailes Carmelitas descalzos de la primera regla.*



Santa Teresa de Jesús

Camino de perfección - Camino de perfección

INTRODUCCIÓN

Este libro contiene avisos y consejos que Teresa de Jesús dirige a sus hermanas religiosas e hijas espirituales de los monasterios que, con la ayuda de nuestro Señor y de la gloriosa Virgen Madre de Dios, nuestra Señora, ha fundado según la Regla primitiva de la Orden de Nuestra Señora del Carmen. Lo dirige especialmente a las hermanas del Monasterio de San José de Ávila, que fue el primero que fundó y donde ella era priora al momento de escribir estas palabras.

En todo lo que diga en este libro, me someto a lo que enseña la Santa Iglesia Romana, y si en algo me aparto de ello, será por ignorancia. Por eso pido, por amor de nuestro Señor, que los teólogos que lo revisen lo examinen detenidamente y corrijan cualquier error, así como otras faltas que sin duda habrá en muchas otras cosas.

Si hay algo de valor en lo escrito, sea para gloria y honor de Dios y para servicio de su santísima Madre, nuestra Patrona y Señora, bajo cuyo hábito tengo la dicha de vivir, aunque soy muy indigna de llevarlo.

PRÓLOGO

1. Las hermanas de este monasterio de San José saben que tengo licencia del Padre Presentado Fray Domingo Báñez, de la Orden del glorioso Santo Domingo y actual confesor mío, para escribir algunas cosas sobre la oración. Parece que podría acertar en ello, ya que he tratado con muchas personas espirituales y santas. Tanto me han insistido para que les diga algo sobre este tema, que he decidido obedecerlas. Pienso que el amor tan grande que me tienen hará que reciban con agrado lo poco y mal dicho que pueda escribir, más que libros bien compuestos por quienes realmente saben lo que dicen. Confío en sus oraciones, y quizás, gracias a ellas, el Señor me ayude a decir algo que sea útil y apropiado para el modo de vida que llevamos en esta casa. Si no lo hiciera bien, el Padre Presentado, que debe revisarlo primero, lo corregirá o lo quemará, y yo no perderé nada por obedecer a estas siervas de Dios. Así quedará claro lo poco que puedo hacer por mí misma cuando Su Majestad no me asiste.

2. Tengo pensado proponer algunos remedios para esas pequeñas tentaciones que pone el demonio y que, por ser tan leves, muchas veces no se les presta atención. También incluiré otras cosas que el Señor me dé a entender y se me vayan ocurriendo. Como no sé aún lo que voy a decir, tampoco puedo ordenarlo

bien, y creo que lo mejor es no intentarlo, pues ya de por sí es desconcertante que yo haga esto. Que el Señor ponga sus manos en todo lo que haga, para que sea conforme a su santa voluntad. Ése ha sido siempre mi deseo, aunque mis obras, al igual que yo, sean tan imperfectas.

3. Sé que no me falta amor ni deseo de ayudar en todo lo que pueda para que las almas de mis hermanas progresen en el servicio del Señor. Este amor, unido a mi experiencia de varios monasterios y a los años vividos, podría servirme para acertar en pequeñas cosas más que los teólogos. Ellos, por estar ocupados en asuntos más importantes y ser hombres fuertes, no suelen prestar atención a detalles que parecen insignificantes. Sin embargo, para nosotras, que somos más frágiles, cualquier cosa puede hacernos daño, porque las artimañas del demonio son muchas contra aquellas que viven tan encerradas, y utiliza nuevas armas para dañarnos. Yo, por ser tan ruin, no me he defendido bien, y por eso deseo que mis hermanas aprendan de mis experiencias. No diré nada que no haya experimentado yo misma o visto en otras.

4. Hace pocos días me ordenaron escribir una relación de mi vida, donde también hablé de la oración. Es posible que mi confesor no quiera que la veáis, y por eso pondré aquí algunas de las cosas que escribí allí, junto con otras que también me parezcan necesarias. Que el Señor ponga su mano en ello, como se lo he suplicado, y lo ordene todo para su mayor gloria. Amén.

CAPÍTULO 1

Explica la causa que me impulsó a fundar este monasterio con tanta austeridad.

1. Al comenzar a fundarse este monasterio (por las causas que ya he mencionado en este libro, con algunas grandezas del Señor que mostraban cómo aquí se le serviría mucho), no era mi intención imponer tanta austeridad exterior ni prescindir de renta. Más bien, pensaba que hubiera recursos suficientes para que no faltara lo necesario. En fin, como soy débil y miserable, aunque mis intenciones eran buenas, también buscaba mi propia comodidad.

2. Por aquel tiempo, llegaron a mi conocimiento los terribles daños que sufría Francia y la devastación que estaban causando los luteranos. Veía cómo aquella secta maldita no paraba de crecer, y esto me causó un dolor inmenso. Lloraba con el Señor y le suplicaba que pusiera remedio a tanto mal, como si yo pudiera hacer algo o fuera alguien. Me parecía que daría mil vidas con tal de

salvar al menos una sola alma de las muchas que allí se perdían. Al verme mujer, ruin e incapaz de servir al Señor como yo deseaba, sentía el ardiente deseo -como aún lo siento- de que, teniendo Él tantos enemigos y tan pocos amigos, al menos los que fueran sus amigos lo fueran de verdad. Decidí entonces hacer lo poco que estaba en mi mano: seguir los consejos evangélicos con toda la perfección posible y procurar que las hermanas de esta casa hicieran lo mismo. Confiaba en la infinita bondad de Dios, que nunca abandona a quien decide dejarlo todo por Él. Pensaba que, si ellas llegaban a ser como las imaginaba en mis deseos, sus virtudes compensarían mis faltas y podríamos agradar al Señor. Todas dedicadas a la oración constante por los defensores de la Iglesia, predicadores y teólogos, ayudaríamos en lo que pudiéramos a este Señor mío, a quien sus enemigos maltratan de manera tan cruel. ¡Tanto bien les ha hecho, y parece que ahora quisieran volver a llevarlo a la cruz y no dejarle ni siquiera un lugar donde reclinar la cabeza!

3. ¡Oh, Redentor mío! No puedo pensar en esto sin que me duela el corazón. ¿Qué está pasando con los cristianos de hoy? ¿Cómo es posible que sean aquellos que más os deben los que más os afligen? Vos, que les habéis dado tantas bendiciones, que los habéis escogido por amigos, que os habéis comunicado con ellos a través de los sacramentos, ¿no tienen ya bastante con los tormentos que sufristeis por ellos?

4. De verdad os digo, Señor mío, que no hace gran cosa quien hoy se aparta del mundo. Si a Vos, que tanto habéis hecho por ellos, os tienen en tan poca estima, ¿qué podemos esperar nosotros? ¿Acaso merecemos mejor trato que Vos? ¿Acaso hemos hecho obras mayores que las vuestras para que nos guarden amistad? ¿Qué es esto, Señor? ¿Qué esperamos quienes, por vuestra misericordia, estamos libres de esta pestilencia? Los que son ya del demonio han ganado su castigo justamente y, con sus placeres, se han comprado el fuego eterno. ¡Que se queden con él! Aunque esto no deja de romperme el corazón al ver tantas almas que se pierden. Pero, más que lamentar el mal ya hecho, querría evitar que se siguieran perdiendo más almas cada día.

5. ¡Oh, hermanas mías en Cristo!, ayudadme a suplicar al Señor, porque para esto os ha reunido aquí. Éste es vuestro propósito, vuestro llamado, y en esto debéis ocupar vuestros deseos, vuestras lágrimas y vuestras peticiones. No, hermanas mías, no os entretengáis con los asuntos del mundo. A veces me río, y otras me angustio, cuando vienen a pedirnos que oremos a Dios por rentas, dineros y otros bienes materiales. Algunas personas, en lugar de pedir estas cosas, más bien deberían rogarle a Dios que se las quitara todas. Lo piden con buena intención y devoción, pero yo tengo para mí que en estos asuntos Dios no me escucha. El mundo se está incendiando, quieren volver a condenar a Cristo levantando mil falsos testimonios. Quieren destruir su Iglesia, y ¿hemos

de perder el tiempo en pedir cosas que, si acaso Dios nos las concediera, quizá tendríamos una alma menos en el cielo? No, hermanas mías, no es tiempo de tratar con Dios asuntos de tan poca importancia.

6. Es cierto que, si no fuera por nuestra debilidad humana, que se consuela cuando la ayudan en todo (y sería bueno tener algún recurso), yo estaría feliz si todos entendieran que éstas no son las cosas que hay que suplicar a Dios con tanto empeño.

CAPÍTULO 2

Trata sobre cómo deben despreocuparse de las necesidades corporales y del valor y beneficio que se encuentra en la pobreza.

1. No penséis, hermanas mías, que por no buscar agradar al mundo os faltará qué comer. Os lo aseguro. No intentéis sosteneros con artificios humanos, porque si lo hacéis, moriréis de hambre y con razón. Tened vuestros ojos puestos en vuestro Esposo, porque Él os ha de sustentar. Si Él está contento, aunque no quieran, os darán de comer hasta los menos devotos, como ya lo habéis visto por experiencia. Y si por esto llegarais a morir de hambre, ibienaventuradas las monjas de San José! No lo olvidéis, por amor del Señor. Si habéis dejado las rentas, dejad también el cuidado de vuestra comida, porque si no, todo se pierde. Aquellos a quienes el Señor quiere que tengan rentas, que las tengan, pues ése es su llamamiento. Pero nosotras, hermanas, no hemos sido llamadas a esto, y sería un disparate.

2. Preocuparse por las rentas ajenas es como estar pensando en lo que disfrutan otros. Además, vuestro cuidado no hará que nadie cambie su pensamiento ni tendrá más deseo de dar limosna. Dejad ese afán a quien realmente puede mover los corazones, que es el Señor, dueño de las rentas y de quienes las poseen. Nosotras hemos venido aquí por su mandamiento, y sus palabras son verdaderas: antes fallarán los cielos y la tierra que Él falte a su promesa. No le fallemos nosotras a Él, y no temáis que falte nada. Si alguna vez os llegara a faltar algo, será para un mayor bien, como cuando a los santos les faltaba la misma vida al ser martirizados, y con eso aumentaban su gloria. ¡Qué buen cambio sería morir pronto y gozar después de la eternidad!

3. Mirad, hermanas, que esto es muy importante. Aunque yo muera, os lo dejo escrito. Mientras viva, os lo recordaré, porque por experiencia veo la gran ganancia que hay en la pobreza. Cuanto menos tengo, más despreocupada

estoy. El Señor sabe que me duele más cuando sobra algo que cuando falta. No sé si esto ocurre porque siempre he visto cómo el Señor nos lo da todo enseñada. Sería engañar al mundo si nos hiciéramos pobres solo por fuera, sin serlo en el corazón. Me causaría remordimiento, porque sería como pedir limosna siendo ricas. Dios no lo permita. Porque donde hay demasiada preocupación por lo que nos dan, tarde o temprano se acaba pidiendo por costumbre o incluso lo que no hace falta, quizá a personas que lo necesitan más. Aunque quienes dan no pierden nada, sino que ganan, nosotras sí perderíamos mucho. Dios no lo permita, hijas mías. Si llegara a suceder esto, preferiría que tuviéramos renta.

4. Os pido, por amor de Dios, que nunca ocupéis vuestro pensamiento en esto de las limosnas. Y si alguna hermana pequeña entendiera que esto está sucediendo, que suplique a Su Majestad y lo comunique con humildad a la superiora, haciéndole ver que se está equivocando. Es un asunto muy importante, porque poco a poco se pierde la verdadera pobreza. Confío en el Señor en que esto no ocurrirá y que no abandonará a sus siervas. Si no sirve para más, al menos lo que me habéis mandado escribir os servirá de aviso.

5. Creedme, hijas mías, que para vuestro bien el Señor me ha dado a entender algo de los bienes que encierra la santa pobreza. Las que la prueben lo comprenderán, aunque quizás no tanto como yo, porque yo misma no solo no fui pobre de espíritu (aunque lo había profesado), sino que estaba loca de espíritu. La pobreza es un bien que contiene en sí todos los bienes del mundo. Es un gran señorío. Tener pobreza de corazón es tener poder sobre todas las cosas, porque quien no les da valor, las domina. ¿Qué me importa a mí lo que tengan los reyes y señores si no deseo sus riquezas ni busco contentarlos cuando, para ello, tendría que descontentar a Dios? ¿Qué me importan sus honores si sé bien que un pobre alcanza su verdadera honra siendo verdaderamente pobre?

6. Creo que el dinero y el honor suelen ir siempre de la mano. Quien busca honores difícilmente desprecia el dinero, y quien aborrece el dinero poco le importa el honor. Esto debe entenderse bien. Me parece que el honor del mundo siempre conlleva algún interés de rentas o bienes. Rara vez un pobre es considerado honrado; al contrario, aunque lo sea de verdad, el mundo lo tiene en poco. Pero la verdadera pobreza trae consigo una honra tan grande que nadie puede soportarla. La pobreza tomada solo por amor de Dios no necesita contentar a nadie más que a Él. Además, os aseguro que quien no necesita de nadie, tiene muchos amigos. Lo he visto por experiencia.

7. Como ya se ha escrito tanto sobre esta virtud, no me atrevo a profundizar en ello. No quiero rebajarla con mis palabras. Solo he compartido lo que he visto y vivido por experiencia, y confieso que hasta ahora no lo había entendido bien. Pero ya que está dicho, os lo pido por amor del Señor: si no logramos vivir

la pobreza exterior como lo hicieron nuestros santos padres al inicio de la Orden, procuremos al menos guardarla en el interior. La vida es muy corta y el premio, grandísimo. Aunque no hubiera otro premio que cumplir lo que nos aconsejó el Señor, sería ya suficiente pago imitar en algo a Su Majestad.

8. Estas son las armas que deben ondear en nuestras banderas: querer guardar la pobreza en todo: en la casa, en los vestidos, en las palabras y, sobre todo, en el pensamiento. Mientras hagáis esto, no temáis que esta Orden caiga, porque el Señor estará con nosotras. Como decía Santa Clara, los grandes muros de un monasterio son la pobreza y la humildad. Ella quería cercar sus conventos con estos muros. Os aseguro que si la pobreza se guarda de verdad, todo lo demás estará mucho más protegido que con edificios ricos y suntuosos. Por amor de Dios y por su sangre os lo pido: guardad esto, porque si no lo hacéis, todo se vendrá abajo.

9. Sería una gran deshonra, hijas mías, que lo que pertenece a los pobres se utilice para hacer grandes casas. Dios no lo permita. Que todo sea pequeño y humilde. Hemos de parecernos en algo a nuestro Rey, que no tuvo casa más que un portal en Belén, donde nació, y una cruz, donde murió. Esas sí que eran casas con poca comodidad. Quienes hacen grandes edificios tendrán sus buenas intenciones, pero trece pobrecitas como nosotras se pueden arreglar con cualquier rincón. Si por la necesidad del encerramiento se requiere algo de campo para favorecer la oración y la devoción, con algunas ermitas para retirarse a orar, está bien; pero casas grandes y suntuosas, Dios nos libre. Recordad siempre que todo esto se caerá el día del juicio. ¿Qué sabemos si será pronto?

10. Una casa de trece pobrecillas no debería hacer ruido al caerse, porque los verdaderos pobres no deben hacer ruido. Somos llamadas a ser gente humilde y silenciosa, para que puedan tenernos lástima. Además, ¡cuánta alegría sentirán si ven que por su limosna se han librado del infierno! Es posible, porque estamos obligadas a rezar continuamente por las almas de quienes nos dan de comer. Aunque todo viene de Dios, Él quiere que agradezcamos a las personas por cuyo medio nos lo da. No descuidéis esto.

11. No sé qué iba diciendo, porque me he desviado. Creo que el Señor lo ha querido, porque nunca pensé escribir lo que aquí os he dicho. Que Su Majestad nos tenga siempre de su mano y no permita que nos apartemos de esto. Amén.

CAPÍTULO 3

Continúa con lo que comenzó a tratar en el capítulo anterior, exhortando a las hermanas a dedicarse siempre a pedir a Dios que favorezca a quienes trabajan en defensa de la Iglesia. Concluye con una exclamación.

1. Volviendo a lo principal por lo que el Señor nos reunió en esta casa, y porque yo deseo con todo mi corazón que seamos algo para contentar a Su Majestad, os digo que, viendo tan grandes males para los cuales las fuerzas humanas no son suficientes para detener este fuego de herejes que se extiende tanto, me ha parecido que debemos actuar como cuando, en tiempo de guerra, los enemigos han devastado toda la tierra y el rey se recoge a una ciudad. Conviene entonces fortalecer esa ciudad, porque, desde allí, puede a veces atacarse al enemigo y obtener la victoria. En muchas ocasiones, unos pocos hombres escogidos logran más que un gran ejército lleno de cobardes. Y aunque no se gane la batalla, al menos no serán vencidos; si no hay traidores, solo por hambre podrían rendirse. Pero aquí no hay hambre que nos pueda vencer, aunque sí morir, mas nunca ser derrotadas.

2. ¿Por qué os digo esto? Para que entendáis, hermanas mías, que lo que debemos pedir a Dios es que en este pequeño castillo de buenos cristianos no se pierda ninguno, que nadie se pase al enemigo. También debemos rogar por los capitanes de esta ciudad, que son los predicadores y teólogos, para que el Señor los haga muy aventajados en el camino espiritual. La mayoría de ellos pertenecen a órdenes religiosas y necesitan avanzar mucho en perfección y vocación, pues es muy necesario. Ya os lo he dicho: el brazo eclesiástico es el que nos ha de valer, no el brazo seglar. Como nosotras no podemos hacer nada para ayudar a nuestro Rey, procuremos ser tales que nuestras oraciones puedan ayudar a estos siervos de Dios, que con tanto esfuerzo han adquirido conocimiento y buena vida para servir al Señor.

3. Quizá penséis que exagero al decir que debemos ayudar a los que son mejores que nosotras. Os lo explicaré: aún no entendéis bien lo mucho que debéis al Señor por haberos traído aquí, donde estáis tan apartadas de los negocios, las ocasiones y los tratos mundanos. Esta es una grandísima misericordia. Los que menciono no gozan de esto, ni sería conveniente que lo hicieran, menos ahora que en otros tiempos. Ellos son los que deben fortalecer a los débiles y animar a los pequeños. ¿Qué sería de los soldados sin capitanes? Ellos han de vivir en el mundo, tratar con las personas, estar en los palacios y, a veces, adaptarse a lo exterior. ¿Pensáis, hijas mías, que es fácil convivir con el mundo,

tratar con sus negocios y, al mismo tiempo, estar apartados de él interiormente, como si fueran ángeles y no hombres?

4. Porque si no es así, no merecen el nombre de capitanes, y el Señor no permita que salgan de sus celdas, pues harían más daño que provecho. No es tiempo ahora de soportar imperfecciones en quienes deben enseñar. Si en su interior no están fortalecidos, entendiendo lo que significa tenerlo todo bajo los pies y vivir desasidos de lo temporal y aferrados a lo eterno, aunque quieran ocultarlo, el mundo lo notará. No os quepa duda de que el mundo no les perdonará ni una sola imperfección, aunque pase por alto muchas virtudes y quizá ni las considere tales. Más aún, lo que en verdad es virtud, a veces lo tendrán por debilidad o comodidad.

Así que no penséis que es poco lo que Dios debe favorecer a quienes entran en esta gran batalla, sino algo grandísimo.

5. Para estas dos cosas os pido que procuremos ser tales que merezcamos alcanzarlas de Dios:

Primera: Que haya muchos, de los muchos letrados y religiosos que existen, que tengan las cualidades necesarias, como he dicho. Y que el Señor disponga a los que aún no están preparados, porque más hace uno perfecto que muchos imperfectos.

Segunda: Que, una vez puestos en la batalla, el Señor los sostenga con su mano para que puedan librarse de los peligros del mundo y cerrar sus oídos al canto de las sirenas. Si conseguimos algo con Dios en esto, aunque estemos encerradas, peharemos por Él. Yo daré por bien empleados todos los trabajos que he pasado para fundar este pequeño rincón, donde pretendí que se guardara la Regla de Nuestra Señora y Emperadora con la misma perfección con la que se comenzó.

6. No os parezca inútil ser constantes en esta petición. Hay quienes creen que no rezar mucho por su alma es algo grave; pero, ¿qué mejor oración que esta? Si os preocupa el purgatorio, sabed que también se os descontará la pena con esta oración. Y si queda algo sin descontar, que quede. ¿Qué importa que yo esté en el purgatorio hasta el día del juicio si, por mi oración, se salvase una sola alma? ¡Cuánto más si con ella se alcanza el provecho de muchas almas y la honra del Señor! No os fijéis en penas que terminan cuando se trata de un servicio mayor al que tantas penas sufrió por nosotras. Informémonos siempre de lo que es más perfecto.

Por eso os pido, por amor del Señor, que pidáis a Su Majestad que nos escuche en esto. Yo, aunque miserable, lo pido, pues es para su gloria y el bien de su Iglesia.

7. Parece un atrevimiento pensar que yo pueda contribuir a lograr esto. Pero confío, Señor mío, en estas siervas vuestras que aquí están, porque veo que no buscan ni desean otra cosa que contentaros. Por Vos han dejado lo poco que tenían y quisieran tener más para servirlos con ello. ¿Acaso sois Vos, Criador mío, desagradecido para que piense que no haréis lo que os suplican? Vos, Señor, que cuando andabais en el mundo no despreciasteis a las mujeres, antes bien, las favorecisteis siempre con piedad. Si os pidiéramos honras, rentas o cosas mundanas, no nos escuchéis; pero si pedimos para la honra de vuestro Hijo, ¿por qué no habríais de escucharnos?

8. ¡Oh, Padre eterno!, mirad que no deben olvidarse tantos azotes, injurias y gravísimos tormentos! ¿Cómo pueden soportar vuestras entrañas tan amorosas que aquello que vuestro Hijo hizo con tanto ardor y amor por Vos, para complacerlos al máximo (pues fue vuestro mandato que nos amara), sea hoy tenido en tan poco? ¡Esos herejes desprecian el Santísimo Sacramento! Le quitan sus moradas, destruyen las iglesias, y actúan como si no quedara nada más por hacer para agradaros.

¡Pero todo lo hizo cumplido! ¿Acaso no bastó, Padre eterno, que mientras vivió en el mundo no tuvo dónde reclinar su cabeza y pasó su vida entera en trabajos y sufrimientos? ¿No fue suficiente que pagara sobradamente por el pecado de Adán? Y ahora, cuando ha dejado estas moradas para recibir a sus amigos, sabiendo que necesitamos un manjar tan divino para fortalecer nuestra debilidad en el camino, ¿también quieren arrebatarlas?

¡Señor mío, ya no más! ¿Es que este amantísimo Cordero, que ya entregó tanto, debe seguir pagando cada vez que volvemos a pecar? No lo permitáis, emperador de los cielos. Aplacad vuestra justicia y no miréis nuestros pecados, sino la redención que vuestro santísimo Hijo nos concedió, los méritos de su sacrificio, los de su Madre gloriosa y los de tantos santos y mártires que han muerto por Vos.

9. ¡Ay, Señor, qué dolor me da y qué atrevimiento el mío al hacer esta súplica en nombre de todos! ¡Qué mala intercesora soy, hijas mías, para que me escuche! ¿No será peor mi osadía y que con justicia este soberano Juez se indigne aún más por verme tan atrevida? Y con razón. Pero, Señor, Vos sois Dios de misericordia, y yo os suplico que tengáis piedad de esta miserable pecadora, gusano de la tierra, que se atreve a hablaros así. Mirad, Dios mío, mis deseos y las lágrimas con las que os imploro, y olvidad mis faltas. Por quien Vos sois, tened compasión de tantas almas que se están perdiendo y socorred a vuestra Iglesia. No permitáis más daño a la cristiandad, Señor. Dad luz a estas tinieblas que nos rodean.

10. Y a vosotras, hermanas mías, os pido por amor al Señor que encomendéis a Su Majestad esta pobre pecadora, y le supliquéis que me conceda humildad, pues es vuestra obligación pedirlo. No os insisto especialmente en rezar por los reyes y prelados de la Iglesia, ni por nuestro obispo, porque veo que ya estáis muy atentas a ello, y eso me llena de confianza.

Pero recordad que, cuando en el futuro lleguen nuevas hermanas, deben tener presente que un santo prelado hace santos a sus súbditos. Esto es algo tan importante que debe ocupar siempre vuestras oraciones delante del Señor. Si vuestras oraciones, deseos, disciplinas y ayunos no se dedican a esta causa, pensad que no estáis cumpliendo con el propósito para el cual el Señor os reunió aquí.

CAPÍTULO 4

Donde se exhorta a la observancia de la Regla y a tres aspectos esenciales para la vida espiritual. Explica el primero de ellos: el amor al prójimo y el daño que causan las amistades particulares.

1. Ya habéis visto, hijas, la gran misión que hemos emprendido. ¿Qué clase de personas debemos ser para que, ante los ojos de Dios y del mundo, no parezcamos temerarias? Es evidente que necesitamos esforzarnos mucho, y tener pensamientos elevados nos ayudará a que nuestras obras también lo sean. Por eso, si nos dedicamos con gran empeño a cumplir nuestra Regla y Constituciones, confío en el Señor que escuchará nuestras oraciones. No os estoy pidiendo nada nuevo, hijas mías, sino que seamos fieles a nuestra vocación, cumpliendo aquello para lo que nos hemos comprometido. Aunque, claro está, hay una gran diferencia entre cumplir por cumplir y hacerlo con verdadera dedicación.

2. Nuestra primera Regla dice que oremos sin cesar. Si nos esforzamos en cumplir esto con todo el cuidado posible, que es lo más importante, no dejaremos de cumplir los ayunos, las disciplinas y el silencio que manda la Orden. Ya sabéis que, para que la oración sea verdadera, debe ir acompañada de estas cosas, porque comodidad y oración no pueden convivir.

3. En esto de la oración, que me habéis pedido que os explique, os diré algunas cosas. Pero a cambio, os pido que pongáis en práctica lo que aquí se dice y que lo leáis muchas veces con una actitud abierta y dispuesta.

Antes de hablar de lo que es la oración interior, quiero tratar algunas cuestiones fundamentales para quienes desean avanzar en este camino. Son tan

importantes que, incluso si no llegaran a ser muy contemplativas, estas virtudes las harán progresar mucho en el servicio del Señor. Sin embargo, si les faltan, es imposible alcanzar la verdadera contemplación. Y si alguna cree haber llegado a ello sin poseerlas, estará profundamente equivocada.

Que el Señor me ayude y me inspire para decir lo que conviene y que todo sea para su gloria. Amén.

4. No penséis, queridas amigas y hermanas, que voy a pedir os demasiadas cosas. Basta con que sigamos aquello que nuestros santos Padres nos dejaron y practicaron, pues por este camino lograron ser llamados santos. No hay necesidad de buscar otros caminos ni aprender de otras fuentes.

Me detendré en explicar tres cosas esenciales, que están incluidas en nuestra Constitución, porque es vital comprender cuánto depende de ellas nuestra paz, tanto interior como exterior, esa paz que el Señor nos mandó procurar con tanto cuidado.

La primera es el amor entre nosotras; la segunda, el desasimiento de todo lo creado; y la tercera, la verdadera humildad. Aunque la menciono al final, la humildad es la principal de todas y las contiene a las demás.

5. En cuanto a la primera, que es amaros mucho unas a otras, su importancia es enorme, porque el amor verdadero hace que todo se soporte con facilidad entre quienes se quieren de corazón, y tendría que ser algo muy grave para causar verdadero disgusto. Si este mandamiento se guardara en el mundo como es debido, estoy convencida de que sería un gran apoyo para cumplir todos los demás. Sin embargo, rara vez lo cumplimos con perfección.

Parecería que entre nosotras no puede haber exceso de amor, y aun así, este puede dar lugar a muchos males e imperfecciones. Es algo que no todos entienden, salvo quienes han tenido la experiencia de verlo. Aquí el demonio encuentra espacio para sus enredos, y en conciencias poco sensibles, estas faltas suelen pasar desapercibidas e incluso parecer virtudes. Pero quienes buscan la perfección lo perciben claramente, porque poco a poco este amor desordenado debilita la voluntad, impidiendo que se entregue por completo al amor de Dios.

6. Creo que este problema es aún más fuerte en las mujeres que en los hombres, y los daños que causa en la comunidad son muy evidentes. De aquí surge que no amemos a todas por igual, que nos afecten más los agravios hechos a nuestras amigas, que deseemos tener algo especial para regalarles, que busquemos tiempo para hablar con ellas, y, muchas veces, no para tratar de Dios, sino para decirles lo mucho que las queremos o cosas sin sentido. Estas amistades particulares rara vez tienen como fin ayudarse a amar más al Señor. Más bien, me parece que, en muchos casos, las inicia el demonio para sembrar discordias en las comunidades.

Cuando estas amistades tienen como propósito sincero servir al Señor, se nota de inmediato. En esos casos, la voluntad no está movida por una pasión desordenada, sino por un deseo verdadero de ayudarse mutuamente a superar las pasiones y avanzar en el amor de Dios.

7. ¡Ojalá hubiera muchas de estas amistades santas en los grandes conventos! Pero aquí, en esta casa, donde no somos más de trece, ni lo seremos, todas debemos ser amigas, todas hemos de amarnos, querernos y ayudarnos mutuamente. Por amor del Señor, os suplico que os guardéis de las amistades particulares, por muy santas que parezcan. Incluso entre hermanos pueden ser un veneno, y aquí no les veo ningún provecho. Si se dan entre parientes, es todavía peor: ¡una verdadera peste! Creedme, hermanas, aunque os parezca un extremo, en esto está la verdadera perfección y la gran paz. Así evitaremos muchas ocasiones de pecado, especialmente para aquellas que aún no están espiritualmente fuertes.

Si sentimos que nuestra voluntad se inclina más hacia una hermana que hacia otra (lo cual es natural, pues muchas veces el corazón nos lleva a preferir lo que menos vale si tiene más gracias naturales), debemos esforzarnos en controlarnos para que esa inclinación no nos domine. Amemos las virtudes y lo bueno que hay en el interior de cada una, y cuidémonos siempre de no dar demasiada importancia a lo exterior.

8. No permitamos, hermanas mías, que nuestra voluntad se haga esclava de nadie más que de aquel que la compró con su preciosa sangre. Tened mucho cuidado, porque, sin darnos cuenta, podemos encontrarnos tan atadas a alguien que ya no podamos valernos por nosotras mismas. ¡Oh, válgame Dios! Las tonterías que nacen de estas ataduras no tienen fin. Y, como son tan sutiles y aparentemente inofensivas, solo quienes las han presenciado pueden comprenderlas y crearlas. No es necesario entrar aquí en detalles, más que señalar que estas actitudes son dañinas en cualquiera, pero si se dan en la prelada, se convierten en un verdadero veneno para toda la comunidad.

9. Para evitar las amistades particulares, es fundamental ser muy cuidadosas desde el principio, antes de que lleguen a consolidarse. Es mejor corregirlas con amor y prudencia que con dureza. Una forma efectiva de prevenirlas es no pasar juntas más tiempo del necesario ni hablar fuera de los momentos establecidos, como hacemos ahora. La práctica que seguimos, según lo manda nuestra Regla, de que cada una permanezca en su celda, es de gran provecho. En nuestra casa de San José debemos evitar tener una casa de labor, pues aunque esta costumbre es muy loable en otros lugares, aquí resulta más sencillo guardar el silencio si cada una está sola. Acostumbrarse a la soledad es un hábito muy beneficioso para la oración, y siendo ésta el cimiento de nuestra casa, debemos aprender a amar todo aquello que nos ayude a alcanzar este objetivo.

10. Sobre el amor mutuo, podría parecer innecesario insistir mucho en ello. ¿Cómo podría haber alguien tan insensible que, viviendo juntas, compartiendo continuamente y sin distracciones con personas externas, además de creer que Dios nos ama y nosotras le amamos a Él, no se sienta movida a amar a sus hermanas? Además, la virtud, por sí misma, siempre inspira amor y estima, y confío en Dios que en esta casa no faltará. Por lo tanto, considero que no es necesario insistir demasiado en este punto.

11. Lo importante es comprender cómo debe ser este amor y en qué consiste el amor virtuoso, que es el que deseo que haya aquí. También es esencial saber reconocer si realmente lo tenemos. Esta virtud es inmensa, ya que nuestro Señor la dejó como el mandamiento principal y la encomendó con gran insistencia a sus apóstoles. Quisiera decir algo sobre ello, aunque con mis limitadas palabras. Si encontráis una explicación más clara en otros libros, no os detengáis en lo que yo digo, porque quizá no logro expresarme como debería.

12. Hay dos tipos de amor de los que quiero hablar. Uno es puramente espiritual, donde no interviene la sensualidad ni las inclinaciones de nuestra naturaleza, y se mantiene limpio y puro. El otro también es espiritual, pero va acompañado de la sensualidad y de nuestras flaquezas, como suele suceder con el amor a parientes o amigos. Este último parece algo lícito y no malo, pero de él ya hemos hablado algo antes.

13. Del amor puramente espiritual, libre de cualquier pasión desordenada, quiero hablar ahora, porque si se mezcla la pasión, todo pierde el orden y la virtud. Relacionarse con personas virtuosas, especialmente con confesores, puede ser de gran provecho si se hace con prudencia y moderación. Sin embargo, si notáis en algún confesor señales de vanidad o intenciones desordenadas, debéis considerarlo con cautela.

En estos casos, nunca es conveniente mantener largas conversaciones con él, aunque traten sobre cosas buenas. Lo mejor es limitarse a confesarse de manera breve y terminar cuanto antes. Si os resulta posible, lo más adecuado sería comunicarlo a la prelada, expresándole que vuestra alma no se siente tranquila con ese confesor, y pedir que lo cambien, siempre procurando que esto se haga sin dañar su honra.

14. En situaciones como ésta, o en otros casos complicados donde el demonio pueda enredar las cosas y no sepáis bien cómo actuar, lo más prudente es acudir a una persona letrada y confiable. Si es necesario, hablad con libertad, explicad lo que ocurre y pedid consejo. Lo ideal es confesarse con esa persona y seguir sus indicaciones.

A veces, aunque sea necesario tomar medidas, si no se hacen con un buen consejo, pueden cometerse grandes errores. ¡Cuántos problemas ocurren en el

mundo precisamente por no buscar orientación en asuntos delicados, especialmente cuando las decisiones pueden perjudicar a otros! No es opción dejar pasar estas cosas, porque el demonio no empieza a enredar con intención leve: si no se ataja rápido, su propósito es causar un daño mayor.

Por ello, hablar con otro confesor será siempre lo más acertado, siempre que sea posible. Espero en el Señor que, en casos así, esto se pueda llevar a cabo para mayor bien y paz del alma.

15. Es un asunto de suma importancia, porque puede convertirse en un peligro real, un verdadero infierno que cause daño a toda la comunidad. No dejéis que el problema crezca; debéis enfrentarlo desde el principio, utilizando todos los medios posibles y actuando siempre con buena conciencia. Sin embargo, confío en el Señor que no permitirá que personas dedicadas a la oración se inclinen por alguien que no sea un auténtico siervo de Dios.

Esto es algo muy cierto, porque un confesor que no entienda el lenguaje de la oración ni ame hablar de Dios no podrá ser amado sinceramente, ya que no será afín a nuestro espíritu. Y si lo fuera, en una casa como la nuestra, donde las oportunidades de trato son tan escasas, o será demasiado necio para no reconocer el daño que podría causar, o tendrá la sensatez de evitar cualquier situación que desasosiegue tanto a él como a las siervas de Dios.

16. Ya que he comenzado a hablar de este tema, continuaré un poco más, porque el daño que puede causar el demonio en asuntos como este es inmenso. Al principio, suele ser difícil de percibir, y cuando finalmente se advierte, ya puede ser demasiado tarde. Si el confesor tiene en su corazón un rastro de vanidad, todo quedará contaminado. Las monjas verán cómo la perfección que buscaban se va desmoronando poco a poco, sin entender siquiera por dónde comenzó el mal. Que Dios nos libre, por quien Él es, de semejantes peligros.

Una situación así sería suficiente para perturbar a toda la comunidad, porque las conciencias de las hermanas les indicarán una cosa, mientras que el confesor les dirá otra distinta. Si, además, se les obliga a permanecer con un solo confesor, se encontrarán en un conflicto interno grave, sin saber qué hacer ni cómo recuperar la paz. Y lo más triste es que quien debería traerles tranquilidad será, en ese caso, la causa del desasosiego.

Imagino que en algunos lugares deben darse aflicciones muy grandes por este motivo, y no puedo evitar sentir mucha lástima al pensarlo. Por eso, no os sorprendáis si insisto tanto en advertiros sobre este peligro y en pedir os que lo cortéis de raíz desde el principio, antes de que pueda extenderse y causar mayores daños.

CAPÍTULO 5

Continúa sobre los confesores. Dice lo importante que es que sean personas con formación.

1. Que el Señor no permita que ninguna hermana de esta casa sufra el problema que he mencionado, por amor a Su Majestad: el conflicto de verse con el alma y el cuerpo en un gran apuro, especialmente si la superiora tiene buena relación con el confesor y ninguno de los dos se atreve a corregir al otro. Esto puede llevar a la tentación de no confesar pecados graves por miedo a romper la aparente paz. ¡Oh, Dios mío, cuánto daño puede causar el demonio a través de estas situaciones, y cuánto nos puede costar este falso sentido del honor! Pensáis que al evitar cambiar de confesor ganáis en prestigio o buen nombre para el monasterio, pero el demonio aprovecha esta oportunidad para atrapar almas, ya que no puede hacerlo de otra manera. Si pedís otro confesor, teméis que esto pueda alterar el orden de la casa o incluso deshonorarla, aunque el nuevo confesor sea un santo.

2. Por eso pido, por amor del Señor, que quien esté al frente procure siempre, con el apoyo del obispo o del provincial, que además de los confesores habituales, todas las hermanas puedan, de vez en cuando, tratar y comunicar sus almas con personas bien formadas, especialmente si los confesores carecen de suficiente preparación, aunque sean muy piadosos. La formación es esencial para iluminar las conciencias. Hay personas que combinan santidad y sabiduría, y cuanto más os conceda el Señor en la oración, más necesario será que vuestras obras y vuestras prácticas espirituales estén bien fundamentadas.

3. Sabéis que el primer cimiento de la vida espiritual es una buena conciencia, y que debéis esforzaros por evitar incluso los pecados veniales y seguir siempre el camino más perfecto. Podría parecer que cualquier confesor sabe esto, pero no siempre es así. Yo misma traté asuntos de conciencia con un confesor que había estudiado teología, y al minimizar ciertas cosas, me hizo daño, aunque no lo hiciera con mala intención. Simplemente, no sabía más. Lo mismo me pasó con otros dos o tres confesores.

4. Tener verdadera claridad para cumplir la ley de Dios con perfección es la base de todo. Sobre esta base se edifica la oración. Sin este cimiento sólido, todo el edificio espiritual se tambalea. Por eso, si no os permiten tratar vuestros asuntos espirituales con personas bien preparadas, aunque el confesor tenga buena intención, a veces será necesario buscar una segunda opinión. No es justo que un error individual afecte a toda la comunidad. Todo esto debe

hacerse, claro está, sin faltar a la obediencia, porque siempre hay formas correctas de proceder, y esto beneficia mucho a las almas.

5. Todo esto que he mencionado recae principalmente sobre la prelada. Por eso, le ruego nuevamente que, ya que en esta casa no se busca otra consolación que la del alma, se preocupe por asegurar esta libertad para las hermanas. Dios lleva a las almas por caminos diversos, y un confesor no puede conocerlos todos. Estoy convencida de que nunca faltarán personas santas dispuestas a orientar y consolar las almas, si las hermanas viven como deben. Aunque seáis pobres, el mismo Dios que provee lo necesario para vuestros cuerpos también moverá el corazón de alguien que pueda iluminar vuestras almas. Este mal, que es el que más temo, puede corregirse fácilmente si el confesor tiene acceso a otros puntos de vista. Si el demonio llegara a tentarlo con algún error doctrinal, la consulta con otros lo llevará a reflexionar y actuar con mayor prudencia.

Si logramos cerrar esta puerta al demonio, confío en Dios que no podrá entrar en esta casa. Por ello, pido encarecidamente al obispo que esté al frente que permita a las hermanas esta libertad y no se la quite, siempre y cuando las personas elegidas sean de sólida formación y virtud, cualidades que rápidamente se distinguen en un lugar tan pequeño como este.

6. Todo lo que he dicho aquí lo he visto, entendido y discutido con personas sabias y santas que han reflexionado profundamente sobre lo que más conviene para que la perfección de esta casa siga adelante. Aunque siempre habrá peligros mientras vivimos, hemos llegado a la conclusión de que este es el menor. Por eso, nunca debería haber un vicario que tenga plena libertad para entrar y salir, ni un confesor con demasiada autoridad. Su papel debe ser vigilar el recogimiento y la honestidad de la casa, y el progreso interior y exterior de las hermanas, informando al prelado si hay faltas. Sin embargo, no deben asumir el rol de superiores.

7. Esto es lo que se está aplicando ahora, y no es solo por mi opinión personal. El obispo bajo cuya obediencia estamos actualmente, don Álvaro de Mendoza, un hombre de noble linaje, amigo de la vida religiosa y gran siervo de Dios, ha tomado esta decisión tras consultar a personas con formación, experiencia y espíritu. Reunió a estas personas para deliberar sobre este asunto, y se decidió este sistema. Sería sensato que los prelados futuros respeten esta decisión, ya que ha sido tomada por expertos tras muchas oraciones pidiendo luz al Señor para elegir lo mejor. Hasta el momento, los resultados han demostrado que esta es la mejor opción. Que el Señor nos conceda la gracia de seguir adelante, siempre para Su mayor gloria. Amén.

CAPÍTULO 6

Regresa al tema del amor perfecto.

1. Me he entretenido bastante, pero lo que se ha dicho es tan importante que quien lo entienda no me juzgará mal. Pasemos ahora a hablar del amor que es bueno y válido tenernos entre nosotras, ese amor que digo que es puramente espiritual. La verdad, no sé si sé explicar bien lo que quiero decir, pero creo que no hace falta hablar mucho de él, porque pocas personas lo tienen. Quien haya recibido este regalo de parte del Señor, que le dé muchas gracias, porque es una gracia de altísima perfección.

Aun así, quiero contar algo sobre este tipo de amor. Tal vez pueda servir de ayuda, porque cuando nos presentan una virtud, si de verdad la queremos y buscamos alcanzarla, podemos terminar enamorándonos de ella.

2. Que Dios me conceda entenderlo, y más aún explicarlo, porque ni siquiera creo saber bien qué amor es verdaderamente espiritual y cuándo se mezcla con lo humano. No entiendo cómo me atrevo siquiera a hablar de esto. Es como escuchar una conversación a lo lejos, sin comprender bien lo que se dice; así me siento yo: a veces no entiendo lo que digo, pero el Señor quiere que salga bien. Y si en otras ocasiones digo disparates, pues eso es lo más natural en mí: no dar una en el blanco.

3. Me parece que, cuando Dios lleva a alguien a entender claramente qué es el mundo y la diferencia entre este y la vida eterna, todo cambia. Descubrir que uno es eterno y el otro apenas un sueño pasajero transforma por completo la manera de amar. Quien llega a experimentar en profundidad lo que significa amar al Creador en lugar de a las criaturas, y a comprender lo que se gana con lo primero y se pierde con lo segundo, empieza a ver las cosas de otra manera.

Esto no se queda en ideas o creencias; es algo que se vive, algo que Dios muestra a quienes se entregan de verdad a la oración y a quienes Él decide guiar. Las personas que alcanzan este conocimiento aman de forma muy diferente a quienes no han llegado a este nivel de entendimiento.

4. Quizá os parezca, hermanas, que hablar de esto es innecesario y que ya sabéis todo lo que he dicho. Ojalá sea así y lo tengáis grabado en lo más profundo de vuestro ser, porque si lo entendéis de verdad, veréis que no exagero al decir que quienes llegan a este punto con la ayuda del Señor desarrollan este amor del que hablo.

Estas personas, que Dios ha llevado a este estado, son almas generosas, almas nobles. No se conforman con amar algo tan insignificante como los

cuerpos, por hermosos o graciosos que sean. Aunque les agrade contemplarlos y alaben al Creador por ello, no se detienen ahí, no centran su amor en esas cosas.

Amar por razones tan superficiales les parecería como amar algo sin sustancia, una simple sombra. Se avergonzarían de sí mismas y no tendrían valor para presentarse ante Dios y decirle que lo aman, sintiendo que eso sería casi una traición a lo que Él merece.

5. Tal vez me digáis: «Esas personas seguramente no sabrán corresponder ni valorar el cariño que se les tenga».

Pues, a decir verdad, no les importa mucho ser queridas. Puede que, en algún momento, su naturaleza humana les lleve a disfrutar siendo amadas, pero en cuanto reflexionan sobre ello, comprenden que es un sinsentido, salvo que provenga de personas que puedan ayudarles espiritualmente, ya sea con su enseñanza o con su oración. Cualquier otro tipo de afecto les resulta pesado, porque saben que no les aporta nada y que incluso podría perjudicarlas. Esto no significa que no agradezcan esos sentimientos, ni que no los paguen encomendando a esas personas a Dios. Más bien, lo perciben como una carga que quienes las aman ponen sobre el Señor, entendiendo que ese amor viene de Él, ya que en ellas mismas no ven nada digno de ser amado.

Piensan que las quieren porque Dios las quiere, y dejan que sea Su Majestad quien lo recompense. Se lo piden a Él y con eso quedan libres, porque consideran que a ellas no les corresponde pagar ese cariño. Y si lo pensamos bien, salvo en el caso de personas que, como dije, pueden ayudarnos a avanzar hacia bienes eternos, yo misma a veces me pregunto qué ceguera tan grande es esa de desear que nos quieran.

6. Notad ahora que, cuando sentimos amor por alguien, casi siempre buscamos algún beneficio o satisfacción para nosotros mismos. Sin embargo, estas personas que han alcanzado la perfección ya han dejado atrás todos los bienes y placeres que el mundo puede ofrecerles. Sus alegrías están tan profundamente enraizadas en Dios, que, aunque quisieran, no podrían encontrar contento en algo ajeno a Él o que no tenga que ver con hablar de Él.

Entonces, ¿qué ganancia pueden obtener de ser amadas?

7. Cuando esta verdad se les presenta tan clara, se ríen de sí mismas al recordar cuánto les preocupó, en otro tiempo, si su afecto era correspondido o no. Aunque ese afecto sea bueno, es muy natural en nosotros querer que nos lo devuelvan. Pero, al final, cuando esa "paga" llega, descubren que es como paja: aire, sin sustancia, que el viento se lleva. Porque, aunque nos hayan querido mucho, ¿qué nos queda de eso realmente? Así que, salvo que ese amor sea para

el beneficio del alma, como mencioné antes, estas almas no le dan importancia a ser queridas o no.

Podría pareceros que estas personas no saben querer a nadie, ni aman a nadie más que a Dios.

¡Al contrario! Aman mucho más, con un amor más verdadero, con mayor pasión y, sobre todo, más provechoso. En definitiva, es amor. Y estas almas están siempre más inclinadas a dar que a recibir, incluso con el mismo Creador. Les sucede esto: prefieren amar que ser amadas. Este amor merece verdaderamente el nombre de amor, mientras que esas pasiones bajas que solemos tener le usurpan el nombre sin merecerlo.

8. También os parecerá, quizás, que si no aman por las cosas visibles, ¿a qué se aficianan entonces?

Pues bien, aman lo que ven y se sienten atraídos por lo que escuchan, pero sólo si se trata de cosas que saben que son duraderas y verdaderas. Estas almas, cuando aman, no se detienen en los cuerpos, sino que pasan más allá de ellos y fijan su atención en las almas. Miran si hay algo digno de ser amado en ellas; y si no lo hay, pero ven algún indicio, alguna disposición que, con esfuerzo, pueda dar fruto, entonces no dudan en trabajar. Si sienten amor por esa alma, el esfuerzo no les pesa. Ningún obstáculo se les hace demasiado grande si con ello logran el bien de esa persona, porque desean que su amor sea duradero y saben perfectamente que, si esa alma no tiene virtudes ni ama a Dios, no podrá durar.

Y digo que no es posible, por más que se le obligue, por más que se muera amándola, por más buenas obras que haga o por muchas gracias naturales que posea. La voluntad no tendrá fuerza suficiente para mantenerse firme. Estas almas saben bien, por experiencia, lo que realmente vale, y no se dejan engañar. Ven que no son compatibles, que es imposible que ese amor sea eterno si el otro no sigue la ley de Dios. Saben que, si no lo hace, ese amor se extinguirá, porque han de ir por caminos opuestos al final.

9. Y este amor que sólo tiene valor en este mundo, para un alma a la que el Señor ya ha otorgado verdadera sabiduría, no merece más estima que la que realmente tiene, y a veces ni siquiera eso. Para quienes aún disfrutan de los placeres del mundo, de sus deleites, honores y riquezas, tal vez tenga algún valor si la persona amada es rica o tiene cualidades que proporcionen entretenimiento y diversión. Pero para quien ya ha dejado todo eso atrás, para quien ha aborrecido lo superfluo, poco o nada le importará.

Así que, cuando estas almas aman, su única motivación es hacer que esa otra alma sea digna de ser amada por Dios. Porque saben, con certeza, que si no logra eso, no podrán quererla para siempre. Este amor es puro sacrificio. No

dejan de esforzarse, no cesan en su empeño por ayudar a esa alma a crecer. Darían mil vidas, si las tuvieran, por un pequeño bien para ella.

¡Oh, precioso amor, que sigue los pasos del capitán del amor, Jesús, nuestro mayor bien!

CAPÍTULO 7

Trata del mismo tema del amor espiritual y da algunos consejos para alcanzarlo.

1. Es impresionante lo profundo que puede ser este amor, cuántas lágrimas cuesta, cuántas penitencias y oración. Cuánta preocupación de encomendar a Dios a todas las personas que creemos que pueden ayudar a esa alma para que también recen por ella. Es un amor constante, un no encontrar alegría si no vemos que esa alma mejora. Y si parece que mejora, pero luego retrocede, parece que la vida pierde sentido. No se come ni se duerme tranquila, siempre con la preocupación de que el alma que tanto se quiere pueda perderse. Lo que aquí nos importa no es la muerte física, porque a esta clase de amor no le interesa lo que se desvanece en un instante. Es—como ya dije—un amor puro, sin nada de interés personal, que solo desea ver a esa alma enriquecida con los bienes del cielo.

2. Este es el verdadero amor, no esos afectos desordenados de por aquí, y no me refiero ni siquiera a los amores malos, de los cuales Dios nos libre. Eso no merece ni que lo mencionemos; ni siquiera es bueno escuchar hablar de ello. Hermanas, evitad que en vuestra presencia se traten temas semejantes, ni en bromas ni en serio. No son buenos para nada, y hasta pueden dañar solo con oírlos. Me refiero a esos otros cariños lícitos, como los que tenemos entre nosotras o con familiares y amigas. En estos casos, todo lo que queremos es que no se nos mueran. Si les duele la cabeza, parece que nos duele el alma. Si las vemos pasar por dificultades, se nos acaba la paciencia.

3. Pero este otro amor del que hablo no es así. Aunque nuestra debilidad natural haga que sintamos algo al principio, la razón pronto nos hace reflexionar si lo que sucede es para el bien de esa alma, si crecerá en virtud y cómo lo está llevando. Entonces rezamos a Dios para que le dé paciencia y la haga merecedora de sus sufrimientos. Si vemos que tiene paciencia, no sentimos dolor, al contrario, nos alegramos y nos consolamos. Claro que preferiríamos pasar

nosotras esos trabajos para ahorrárselos, pero no hasta el punto de inquietarnos ni perder la paz.

4. Vuelvo a decir que este amor imita al que nos tuvo Jesús, nuestro buen Amigo. Por eso es tan provechoso, porque estas almas no quieren otra cosa que cargar con todos los trabajos para que los demás se beneficien sin esfuerzo. Las personas que tienen la suerte de tener su amistad ganan mucho. Creedme: o acabarán siendo mejores y caminando con el Señor, como hizo Santa Mónica con San Agustín, o se alejarán de esa amistad, porque estas almas no soportan dobleces. Si ven que una persona se desvía del camino, no pueden evitar decirlo; no saben disimular ni lisonjear. Y como no se callan, o la persona se corrige o se aparta.

5. Este tipo de amor es el que me gustaría que tuviéramos nosotras. Aunque al principio no sea perfecto, el Señor lo irá perfeccionando. Empecemos por lo básico: aunque tenga algo de ternura, no hará daño si es general. A veces es bueno y necesario mostrar ternura y compasión por las dificultades o enfermedades de las hermanas, incluso si parecen pequeñas. Porque hay personas a quienes una pequeña cosa les causa tanto dolor como a otras un gran sufrimiento. Si tú eres más fuerte y no te afectan esas cosas, no dejes de compadecerte. Tal vez el Señor te reserva otros sufrimientos. No juzguemos a las demás por nuestra propia medida; recordemos los tiempos en que también fuimos débiles.

6. Este consejo es muy importante para saber compadecernos de los trabajos de las demás, por pequeños que sean. Sobre todo para estas almas que ya desean tanto sufrir que todo les parece poco. Debemos recordar cómo éramos cuando éramos más débiles y reconocer que nuestra fortaleza actual no viene de nosotras. Si no lo hacemos, el demonio puede enfriar nuestra caridad y hacernos creer que es perfección lo que en realidad es falta de amor. Siempre debemos estar atentas y vigilantes, porque el demonio nunca duerme. Cuanto más avanzamos en la perfección, más disimuladas son sus tentaciones. No nos damos cuenta del daño hasta que ya está hecho, a menos que estemos atentas. Así que siempre hay que velar y orar; no hay mejor remedio para descubrir sus trampas.

7. También procurad alegraros y participar con las hermanas en los momentos de recreación, aunque no os guste demasiado. Si lo hacéis con buena intención, también es amor perfecto. Es importante que sepáis entender las necesidades de las demás y compadecerlas sin perder la discreción. Si algo que manda la priora os parece duro, no lo mostréis a las demás ni os quejéis delante de nadie. Si realmente creéis que está equivocada, hablad con ella con humildad. Cualquier otra actitud puede hacer mucho daño.

8. ¡Oh, qué verdadero amor sería el de aquella hermana que, dejando su propio provecho, se dedica a ayudar a las demás, a crecer en virtudes y a cumplir con perfección la Regla! Esta amistad es mucho mejor que esas ternuras de palabras que no tienen sentido, como “mi vida”, “mi alma” o “mi bien”. Estas cosas no se deben usar aquí. Dejadlas para con vuestro Esposo, que es quien merece esas ternuras.

9. También es una gran muestra de amor quitar a las hermanas trabajo y tomarlo para una misma. Alegraos y dad gracias al Señor cuando veáis crecer las virtudes de vuestras hermanas. Esto trae mucha paz y unión entre todas, como ahora lo vemos por la bondad de Dios. Ojalá Su Majestad lo siga manteniendo, porque lo contrario sería terrible: pocas y mal avenidas. Dios no lo permita.

10. Si por alguna razón surge una palabra dura entre vosotras, resolvedlo enseguida y rezad mucho. Si surgen envidias, bandos o deseos de honra—solo pensarlo me hiela la sangre—, recordad que esto es lo que más daña a los monasterios. Si esto llegara a pasar, considerad que habéis echado a vuestro Esposo de la casa. Buscad el remedio enseguida, confesad y comulgad con frecuencia. Temed si entre vosotras hay algún Judas.

11. La priora debe estar muy atenta a no permitir estas cosas, cortando el problema de raíz. Si alguna hermana persiste en causar problemas, es mejor que se vaya a otro monasterio. Es preferible eso que dejar que esta plaga se extienda a todas. Es mejor perder una rama que permitir que todo el árbol enferme. ¡Dios nos libre de un monasterio donde entre semejante mal! Antes preferiría un fuego que nos consumiera a todas.

En otro lugar hablaré más sobre esto, porque es un tema muy serio y nos afecta mucho.

CAPÍTULO 8

Trata del gran bien que es desprenderse de todo lo creado, tanto interior como exteriormente.

1. Ahora hablemos del desprendimiento que debemos tener, porque en esto lo tenemos todo, si lo hacemos con perfección. Aquí digo que está todo, porque al abrazarnos solamente con el Creador y no darle valor a lo creado, Su Majestad infunde las virtudes de tal manera que, poniendo nosotras nuestro pequeño esfuerzo, no tendremos que pelear demasiado. Es el Señor quien toma la

iniciativa y lucha por nosotras contra los demonios y el mundo entero en nuestra defensa.

¿Pensáis, hermanas, que es poca cosa lograr este bien de entregarnos completamente al Todo, sin dividirnos? Y si en Él están todos los bienes, como digo, alabémosle mucho, hermanas, porque nos ha reunido aquí, donde no se trata de otra cosa que de esto. Así que no sé por qué lo digo, pues todas las que aquí estáis me podéis enseñar a mí. Confieso que, en este aspecto tan importante, no tengo la perfección que desearía y que entiendo que es necesaria, ni en esta virtud ni en otras. Lo que escribo, muchas veces es más fácil de decir que de hacer, y ni siquiera escribirlo podría si no fuera porque la experiencia enseña mucho. Creo que lo entiendo porque he sido lo opuesto a estas virtudes.

2. En cuanto al desprendimiento exterior, ya se ve cuán alejadas estamos aquí de todo. Hermanas, por amor de Dios, comprended la gran merced que el Señor os ha hecho al traeros aquí. Que cada una lo piense bien: en tan solo doce personas quiso Su Majestad que estuvierais vosotras. Y cuántas otras mejores que yo habría habido que habrían tomado este lugar con alegría. Pero el Señor me lo dio a mí, que tan mal lo merezco. Bendito seáis, mi Dios, y que todo lo creado os alabe, porque ni esta merced ni tantas otras que me habéis hecho las he sabido agradecer como se debe. El hecho mismo de haberme dado el estado de monja ya fue un regalo grandísimo. Y como he sido tan mala monja, Vos, Señor, no os quisisteis fiar de mí. Me trajisteis aquí, donde somos tan pocas, para que mi ruindad no pasara desapercibida. Aquí no tengo excusas, y lo confieso, Señor: necesito más que nunca de vuestra misericordia para que me perdonéis.

3. Os pido mucho que si alguna de vosotras ve en sí misma que no es capaz de llevar el estilo de vida que aquí se acostumbra, que lo diga. Hay otros monasterios donde también se sirve muy bien al Señor. No turbe a estas pocas que Su Majestad ha juntado aquí. En otros lugares hay libertad para consolarse con los familiares; aquí, si se permite ver a alguien, es para consuelo de ellos, no nuestro. Si alguna monja desea ver a sus familiares para consolarse, y no son visitas de carácter espiritual, debe reconocer que es imperfecta. Tened claro que si esto os sucede, no estáis desprendidas, no estáis libres, y no tendréis paz interior ni libertad de espíritu. Necesitáis un remedio, y si no lo lográis, no sois para esta casa.

4. El mejor remedio que veo es no ver a los familiares hasta que una misma se sienta completamente libre y lo haya recibido del Señor con mucha oración. Cuando una llegue al punto de ver estas visitas como una cruz que hay que llevar, entonces puede verlos, porque en ese momento les hará bien a ellos y no se hará daño a sí misma.

CAPÍTULO 9

Habla del gran bien que hay en alejarse de los familiares quienes han dejado el mundo y cómo encuentran amigos más verdaderos.

1. ¡Oh, si entiendiéramos las religiosas el daño que nos hace tratar demasiado con nuestros familiares, cómo huiríamos de ellos! No entiendo qué consuelo nos pueden dar, dejando aparte lo que toca a Dios. No nos traen descanso ni alegría; de sus diversiones no podemos participar, ni es lícito hacerlo, y, en cambio, sí compartimos sus sufrimientos. No hay pena suya que no lloremos, a veces más que ellos mismos. Además, si nos dan algún consuelo al cuerpo, el espíritu lo paga caro. Aquí estamos libres de eso, porque todo se comparte en común, y ninguna tiene nada particular. Así, las limosnas que recibimos son para todas y no hay preocupación de contentar a nadie, porque sabemos que el Señor proveerá para todas juntas.

2. Me asombra el daño que hace tratar con los familiares; no lo creará nadie hasta que lo haya vivido. Y qué olvidada está hoy en día esta perfección en las comunidades religiosas. No sé qué hemos dejado del mundo las que decimos que lo hemos dejado todo por Dios, si no nos apartamos de lo principal: nuestros parientes. Ha llegado a tal punto que hasta parece que es falta de virtud no quererlos ni tratarlos mucho, y ellos mismos lo ven así y tienen sus razones.

3. En esta casa, hijas, debemos tener mucho cuidado de encomendarlos a Dios, porque eso sí es justo; pero en lo demás, debemos apartarlos de nuestra mente lo más posible. Es natural que nuestro corazón se apegue a ellos más que a otras personas.

Yo misma fui muy querida por mis familiares, o al menos eso decían, y yo los quería tanto que no me olvidaban. Y tengo por experiencia, en mí y en otras, que, excepto los padres—que rara vez dejan de hacer por sus hijos—, con los demás familiares solo se puede tener trato si necesitan consuelo y no nos hace daño en lo principal. Con desprendimiento se puede ayudar a los padres o hermanos cuando sea necesario. Pero en lo demás, aunque he pasado por dificultades, mis parientes han sido los que menos me han ayudado. Han sido los siervos de Dios los que de verdad me han socorrido.

4. Creedme, hermanas, que si servís al Señor como debéis, no encontraréis mejores familiares que los que Su Majestad os envíe. Sé por experiencia que esto es así. Si os entregáis por completo al Señor, y entendéis que al hacer lo contrario faltáis al verdadero Amigo y Esposo, os aseguro que muy pronto obtendréis esta libertad. Las personas que os quieran por amor a Dios os serán mucho más fieles y podréis confiar más en ellas que en vuestros propios

familiares. No os faltan amigos verdaderos, y encontraréis padres y hermanos donde menos os lo esperáis. Porque estos amigos buscan la recompensa de Dios y no la vuestra; en cambio, los que esperan algo de vosotras, al ver que sois pobres y no podéis darles nada, pronto se cansan. Aunque esto no sucede siempre, es lo más común en el mundo, porque, al fin y al cabo, sigue siendo mundo.

Si alguien os dice lo contrario y os asegura que es virtud tener mucho trato con los familiares, no le creáis. Si tuviera que deciros todo el daño que esto trae, no acabaría nunca. Otros, que saben más que yo, ya han escrito sobre esto. Basta con lo dicho. Me parece que si yo, siendo tan imperfecta, lo he entendido tanto, ¿qué será de los que son perfectos?

5. Todas las enseñanzas que nos dan los Santos de huir del mundo son buenas. Pues creedme que lo que más nos ata al mundo son los familiares, y desprendernos de ellos es lo más difícil. Por eso hacen bien los que se alejan de sus tierras. Aunque no es solo alejar el cuerpo, sino que el alma decida abrazarse con firmeza al buen Jesús, nuestro Señor. Porque cuando el alma lo encuentra todo en Él, se olvida de todo lo demás. Aun así, al principio ayuda mucho apartarse físicamente hasta que tengamos bien asimilada esta verdad. Después, puede ser que el Señor nos quiera dar la cruz de tener que tratar con quienes antes nos causaban alegría, para fortalecernos en el desapego.

CAPÍTULO 10

Habla de cómo no basta con desprendernos de lo exterior si no nos desprendemos también de nosotras mismas, y cómo esta virtud va unida a la humildad.

1. Aunque nos hayamos desprendido del mundo y de nuestros familiares, y estemos aquí encerradas con las condiciones que ya hemos mencionado, podría parecer que ya lo hemos logrado todo y que no hay nada más por lo que luchar. ¡Oh, hermanas mías!, no os confiéis ni os quedéis dormidas, porque sería como cerrar bien las puertas por miedo a los ladrones, pero dejarlos dentro de casa. Y el peor ladrón somos nosotras mismas. Si no andamos con cuidado y cada una no se esfuerza—como en el asunto más importante de todos—en ir en contra de su voluntad, siempre habrá algo que nos quite esta santa libertad de espíritu, que nos permite volar hacia nuestro Creador sin estar cargadas de tierra ni plomo.

2. Un buen remedio para esto es tener siempre presente en el pensamiento la vanidad que es todo lo de este mundo y lo rápido que se acaba. Esto nos ayuda a quitar el afecto a cosas tan sin valor y a ponerlo en lo que nunca se acabará. Aunque parezca un medio simple, fortalece mucho el alma. También debemos cuidar mucho las cosas pequeñas: si notamos que nos apegamos a algo, procuremos apartar el pensamiento y dirigirlo de nuevo a Dios, y Su Majestad nos ayudará. En esta casa ya está hecho lo más difícil; pero este desprendernos de nosotras mismas y actuar en contra de nuestros deseos no deja de ser un reto, porque estamos muy unidas a nuestro yo y nos amamos demasiado.

3. Aquí es donde entra la verdadera humildad, porque esta virtud y el desprendimiento siempre van juntas. Son dos hermanas que no hay que separar; al contrario, hay que abrazarlas y amarlas y nunca vivir sin ellas. ¡Oh soberanas virtudes, señoras de todo lo creado, dominadoras del mundo, liberadoras de las trampas y enredos que tiende el demonio! Fueron tan amadas por nuestro Maestro Cristo que nunca se vio sin ellas ni un instante. Quien las tiene puede salir a pelear contra todo el infierno y contra el mundo entero sin miedo a nada. Suya es la gloria del reino de los cielos; no teme perderlo todo porque no lo considera pérdida, y solo teme ofender a su Dios. A Él le suplica que le sostenga en estas virtudes para no perderlas por su culpa.

4. Es verdad que estas virtudes tienen la particularidad de esconderse de quien las posee, de manera que la persona nunca cree tenerlas, aunque se lo digan. Pero, al mismo tiempo, las valora tanto que siempre anda procurando tenerlas más y perfeccionarlas. Y aunque no lo pretendan, quienes poseen estas virtudes se dan a conocer a quienes los tratan.

¡Qué desatino el mío al ponerme a alabar la humildad y la mortificación, estando ya tan ensalzadas por el Rey de la gloria y confirmadas con sus propios trabajos! Hermanas mías, aquí es donde tenemos que trabajar para salir de la tierra de Egipto; cuando las encontréis, encontraréis el maná. Todo os sabrá bien; aunque para el gusto del mundo parezca amargo, a vosotras se os hará dulce.

5. Lo primero que debemos hacer es quitarnos el amor excesivo a nuestro cuerpo. Algunas somos tan delicadas por naturaleza y tan preocupadas por la salud que dan ganas de alabar a Dios por la guerra que dan, sobre todo a las monjas, aunque también a quienes no lo son. Parece que algunas monjas no hemos venido al monasterio a otra cosa que a procurar no morirnos. Cada una busca la manera de hacerlo. Aquí, es verdad, no hay mucho lugar para eso en la práctica, pero no querría que existiera ni siquiera el deseo.

Decidámonos, hermanas, a que hemos venido aquí a morir por Cristo, no a darnos comodidades por Cristo. Porque el demonio pone excusas, como que necesitamos salud para cumplir bien la Orden, y tanto procuramos conservarla que al final nos morimos sin cumplirla ni un mes, ni tal vez un día. Así que no sé para qué venimos.

6. No temáis que nos falte la discreción en este asunto. Los confesores enseguida temen que vayamos a matarnos con penitencias. Y es tan aborrecida por nosotras la falta de discreción, que ojalá lo cumpliéramos todo. Las que hacen lo contrario no se darán por aludidas al leer esto, y tampoco me importa que digan que juzgo por mí misma, porque tendrán razón. Creo que el Señor quiere que seamos más enfermizas para que tengamos causa de no ser tan delicadas.

Es curioso que algunas se martirizan a sí mismas con cosas que ellas mismas inventan, y de repente les da por hacer penitencias sin orden ni sentido, que les duran dos días. Luego el demonio les mete en la cabeza que les ha hecho daño y les da miedo la penitencia, y ya no cumplen ni lo que manda la Regla. No guardamos cosas sencillas, como el silencio, que no nos hace daño, ni vamos al coro, que tampoco nos mata, y luego queremos inventarnos penitencias que nos impiden hacer lo uno ni lo otro. A veces, el malestar es tan leve que con pedir licencia ya creemos que hemos cumplido.

7. Diréis: «¿Y por qué la priora da permiso?». Si pudiera ver el interior, tal vez no lo haría. Pero como le presentáis la situación como una necesidad, y siempre hay un médico que os apoya y una amiga o pariente que llora a vuestro lado, ¿qué puede hacer ella? Al final, prefiere que falléis vosotras antes que ella en la caridad.

8. Estas cosas pueden pasar alguna vez, y por eso os lo digo aquí, para que os guardéis de ellas. Si el demonio empieza a meternos miedo con que nos va a faltar la salud, nunca haremos nada. Que el Señor nos dé luz para acertar en todo, amén.

CAPÍTULO 11

Habla de la mortificación y de la que se debe practicar en las enfermedades.

1. Me parece una gran imperfección, hermanas mías, que nos quejemos siempre por pequeñas dolencias. Si las podéis soportar, no lo hagáis. Cuando

el mal es grave, ya se quejará él solo, y de manera distinta, porque se nota enseguida. Recordad que sois pocas, y si alguna tiene esta costumbre, traerá cansadas a todas, sobre todo si hay amor y caridad entre vosotras. Si alguna tiene un mal que sea de verdad, que lo diga y tome lo necesario. Si os desprendéis del amor propio, os pesará tanto cualquier pequeño alivio que no os atreveréis a tomarlo sin verdadera necesidad ni a quejaros sin causa. Cuando haya una dolencia real, sería mucho peor no decirlo que tomar el remedio sin necesitarlo. Además, sería muy malo que las demás no os tuvieran compasión.

2. En esto, podéis estar seguras de que donde hay caridad y tan pocas como somos aquí, nunca faltará el cuidado por curaros. Pero esas pequeñas molestias y dolores imaginarios, olvidadlos, porque muchas veces es el demonio quien pone esos pensamientos en la cabeza. Aparecen y desaparecen, y si no os quitáis la costumbre de quejaros de todo, nunca acabaréis. Este cuerpo tiene una gran falta: mientras más lo cuidamos, más necesidades descubre. Es increíble lo que puede llegar a pedir y lo que engaña al alma, impidiéndole crecer.

3. Pensad en cuántos pobres enfermos hay que no tienen a quién quejarse. Nosotras, pobres y a la vez mimadas, no estamos en el buen camino. Recordad también a muchas mujeres casadas—yo sé que las hay—que, aunque padecen males graves, no se atreven a quejarse por no molestar a sus maridos. Y todo esto lo llevan con trabajos y sufrimientos. Pues ¡pecadora de mí!, nosotras no hemos venido aquí para ser más mimadas que ellas. ¡Oh, que estáis libres de los grandes trabajos del mundo! Sabed soportar un poquito por amor de Dios sin que lo sepa todo el mundo. Si hay mujeres malcasadas que sufren en silencio para que no lo sepa su marido, ¿no podréis vosotras sufrir algo entre Dios y vosotras, por los males que nos da por nuestros pecados? Además, el alivio que tomamos muchas veces apenas calma nada.

4. En todo lo que digo, no me refiero a enfermedades graves ni a fiebres altas, aunque incluso en esos casos pido moderación y paciencia. Me refiero a pequeños malestares que se pueden soportar estando de pie. Pensad, ¿qué haría una de vosotras si estuviera fuera de esta casa? Si todas las monjas me vieran, ¿qué dirían de mí? Y con gusto lo soportaría si alguna se enmendara, porque una sola de estas quejas hace que, al final, cuando alguna tiene un mal grave, ya nadie le crea.

Recordemos a nuestros santos Padres, los ermitaños, cuya vida intentamos imitar. ¡Cómo sufrirían dolores, y cuánto frío, hambre, calor y soledad, sin tener a quién quejarse más que a Dios! ¿Pensáis que eran de hierro? No, eran tan delicados como nosotras. Creedme, hermanas, que cuando empezáis a vencer a vuestros cuerpos, no os cansan tanto. Habrá siempre quien mire lo que es necesario; desentendeos de vosotras mismas salvo en casos evidentes de

necesidad. Si no nos decidimos a enfrentar la muerte y las enfermedades de una vez por todas, nunca haremos nada.

5. Procurad no temer a la muerte y entregaos a Dios, pase lo que pase. ¿Qué más da que muramos? De todas las veces que el cuerpo nos ha engañado, ¿no lo podremos engañar alguna vez a él? Creedme que esta determinación importa mucho más de lo que podemos entender. Poco a poco, si lo vamos haciendo con la ayuda del Señor, llegaremos a ser dueñas de nuestro cuerpo. Y vencer a un enemigo así es un logro enorme para librar la batalla de esta vida. Que el Señor lo haga como solo Él puede hacerlo. Creo que nadie entiende realmente la ganancia de esto hasta que no disfruta de la victoria. Es tan grande, a mi parecer, que nadie dudaría en pasar trabajos si al final se logra este descanso y este dominio.

CAPÍTULO 12

Habla de cómo el verdadero amante de Dios debe tener en poco la vida y la honra.

1. Vamos a hablar de otras cosas que también son muy importantes, aunque a primera vista parezcan pequeñas. Es un gran trabajo, y con razón, porque es una guerra contra nosotras mismas. Pero cuando se empieza a poner en práctica, Dios obra tanto en el alma y le concede tantas gracias, que todo le parece poco en comparación con lo que se puede hacer en esta vida. Y ya que las monjas hacemos lo más difícil, que es entregar nuestra libertad por amor a Dios y ponerla en manos de otra persona, y pasamos tantos trabajos, ayunos, silencio, clausura y el servicio del coro, ¿por qué no hemos de mortificar también lo interior? Porque aquí está el verdadero mérito y perfección. Si trabajamos en esto, todo lo demás lo haremos con más suavidad y descanso. Se consigue poco a poco, como ya he dicho, al no hacer nuestra voluntad ni seguir nuestro capricho, ni siquiera en cosas pequeñas, hasta que el cuerpo quede rendido al espíritu.

2. Vuelvo a decir que la clave está en perder el cuidado por nosotras mismas y nuestro bienestar. Quien comienza de verdad a servir al Señor, lo mínimo que le puede ofrecer es su vida. Si ya le ha entregado su voluntad, ¿qué tiene que temer? Es evidente que si una es verdadera religiosa o amiga cercana de Dios y busca gozar de sus dones, no puede volverse atrás cuando se trata de desear morir por Él o sufrir el martirio. ¿Acaso no sabéis, hermanas, que la vida de una verdadera religiosa y de quien quiere ser amiga de Dios es un largo

martirio? Largo, porque comparado con los que fueron decapitados rápidamente, se puede llamar largo. Pero la vida es corta, y algunas veces cortísima. ¿Qué sabemos si será tan corta que apenas dure desde el momento en que nos decidamos a servir a Dios del todo? Podría ser así. Al fin y al cabo, todo lo que tiene fin no merece que lo tengamos en cuenta. Y si pensáis que cada hora es la última, ¿quién no trabajaría con más empeño? Creedme que pensar así es lo más seguro.

3. Por eso debemos esforzarnos en contradecir nuestra voluntad en todo. Si vigilamos y tenemos cuidado, como os he dicho, sin saber cómo, poco a poco nos encontraremos en la cima. Pero ¡qué difícil parece decir que no debemos darnos ningún gusto! Y no se suele explicar qué delicias y alegrías trae consigo esta renuncia ni lo que se gana con ella. Incluso en esta vida, ¡qué seguridad y qué paz! Aquí, donde todas vivís de esta manera, ya está lo más hecho; unas a otras os despertáis y os ayudáis. Procurad que cada una intente ir por delante de las demás en esto.

4. Debemos prestar mucha atención a los movimientos interiores, sobre todo si tienen que ver con querer destacar. Que Dios nos libre, por su pasión, de decir o pensar cosas como: «Soy más antigua», «Tengo más años», «He trabajado más», «A la otra la tratan mejor». Si vienen esos pensamientos, hay que cortarlos enseguida, porque si nos detenemos en ellos o los comentamos, son una plaga que puede dar lugar a muchos males. Si tenéis una priora que consiente estas cosas, por pequeñas que sean, debéis creer que Dios lo ha permitido por vuestros pecados y que estáis en peligro. Haced mucha oración para que dé remedio, porque es algo muy serio.

5. Quizá alguna diga: «¿Por qué le da tanta importancia a esto? Es muy riguroso». O dirá: «Dios también concede sus dones a personas que no están tan desprendidas».

-Lo creo. Porque con su infinita sabiduría ve que a veces conviene para llevarlas a que lo dejen todo por Él. No llamo «dejarlo todo» a entrar en religión, porque puede haber impedimentos. Un alma puede estar desprendida y humilde en cualquier lugar, aunque con más trabajo. Pero creedme una cosa: si hay algún rastro de orgullo o deseo de honra—y esto también puede pasar en los monasterios, aunque hay menos ocasiones y sería más grave—, aunque lleven muchos años orando—o, mejor dicho, meditando, porque la oración perfecta elimina estos defectos—, nunca avanzarán mucho ni gozarán del verdadero fruto de la oración.

6. Hermanas, ved si os va algo en esto, porque aquí no habéis venido para otra cosa. No ganáis más honra con estos pensamientos, y en cambio perdéis el provecho que podréis haber ganado. Es una deshonra y una pérdida juntas.

Cada una examine en sí misma cuánta humildad tiene, y así verá cuánto ha aprovechado. Me parece que el alma verdaderamente humilde ni siquiera es tentada en esto de querer destacar. El demonio, que es tan astuto, no se atreve a tocar a quien sabe que saldrá fortalecido en humildad. Es imposible que una persona humilde no salga ganando si es tentada de esta manera. Porque enseñuida reflexionará sobre su vida, verá lo poco que ha servido al Señor y lo mucho que le debe, pensará en cómo se humilló Cristo para darnos ejemplo de humildad y verá sus propios pecados y el lugar donde merecería estar por ellos. Sale tan fortalecida que el demonio no se atreve a volver por el mismo camino.

7. Tomad este consejo mío y no lo olvidéis: cuando os veáis tentadas, no solo en vuestro interior, sino también en lo exterior, haced que las demás saquen provecho de vuestra tentación. Si queréis vengaros del demonio y libraros pronto, en cuanto os venga el pensamiento, pedid a la priora que os mande hacer algún oficio bajo o haced vosotras mismas cosas que vayan en contra de vuestra voluntad. El Señor os mostrará qué cosas hacer. De este modo, la tentación durará poco. Dios nos libre de personas que, queriendo servirle, piensan en su honra. Mirad que es una pérdida, y—como he dicho—la misma honra se pierde al desearla, especialmente en lo que tiene que ver con querer destacar. No hay veneno peor para la perfección que esto.

8. Podéis pensar: «Son cosas naturales, no hay que darles importancia».

-No os engañéis con eso. Estas cosas crecen como la espuma y no hay nada pequeño cuando se trata de algo tan peligroso como el orgullo o el resentimiento por sentirnos agraviadas. ¿Sabéis por qué? Porque a veces empieza por algo pequeño, que casi no tiene importancia, pero el demonio lo agranda hasta que al final parece algo grave. Además, otros podrán pensar que es caridad decirnos que hemos sufrido un agravio, que debemos ofrecerlo a Dios, que ni un santo lo soportaría. Y al final, si lo soportamos, nos queda la tentación de vanagloria por haberlo soportado.

9. Nuestra naturaleza es tan débil que, aunque nos digan que no hay nada que sufrir, nos parece que hemos hecho algo grande y lo sentimos. Cuánto más si los demás lo sienten por nosotras. Así el alma pierde las ocasiones de merecer y queda más débil, dejando la puerta abierta al demonio para que vuelva con algo peor. Aun cuando queramos soportarlo, podría llegar alguien a decirnos: «¿Cómo puedes dejar que te hagan eso? Es normal sentirlo». ¡Por amor de Dios, hermanas mías!, que ninguna caiga en una caridad mal entendida que lleve a consolar a la otra en estos falsos agravios. Es como lo que hicieron los amigos de Job y su mujer, que en lugar de consolarlo, lo atormentaban aún más.